

Coleccionistas



Elisa Samoilovich. La creadora del local Reina Mab colecciona objetos en miniatura desde su más tierna infancia. ANDRÉS DELIA



Lucy. Creación de Elisa, en honor a su hija.



Tennyson. Modelo favorito de Angela y Clai



Angela Tognetti. Junto a su marido Claudio cultivan el hobby. Coleccionan, arman y rediseñan los interiores de las casas. ANDRÉS DELIA

UN HOBBY A LA ESCALA DE GRANDES SUEÑOS

Casas de muñecas victorianas: la arquitectura de una pasión

Dos porteñas con alma de niñas se ocupan de diseñar y ornamentar viviendas a escala que son una joya.

Micaela Ortelli
Especial para Clarín

En 1992, Ángela Tognetti y Claudio Gorino, un matrimonio sin hijos, hi-

cieron un viaje a Europa con una pareja de amigos. Durante el paso por Holanda, se separaron unas horas: Ángela fue a visitar el museo Frans Hals y Claudio salió a caminar. Casi al mismo tiempo, descubrieron algo de una belleza única, delicada, precisa. ¿Un arte, artesanía, hobby? Algo que en la Argentina todavía no se conocía: el miniaturismo. Ángela, coleccionista de souvenirs desde niña, quedó petrificada ante las dos casitas de muñecas del siglo XVIII de Sara Rothé, y Claudio encontró por azar

un local de objetos en miniatura.

Un cuarto de siglo después, si vieran que vivir en alguna de sus tres casitas de muñecas, elegirían la última de la fila. La blanca con bordes verde oscuro, techos alpinos, balcón en forma de L que daría a un jardín espléndido. "Uno le tiene cariño porque fue la primera", dice Claudio sobre la Tennyson que compraron en el año 2000 en Reina Mab, el único local especializado del país. Hoy ese modelo sólo se encontraría de reventa en alguna tienda online, los dere-

chos de fabricación los adquirió una compañía dedicada al miniaturismo desde 1946. Aunque la estética de la casa es réplica de algún diseño de la época victoriana, como toda la línea clásica del hobby. Probablemente, el nombre tenga que ver con el poeta Alfred Tennyson, que en el siglo XIX vivió con su familia en una residencia en la Isla de Wight, donde pasó sus últimos días la reina Victoria.

Para evitar movimientos, se clausuró la entrada principal del departamento en el barrio de Congreso donde viven Ángela y Claudio, la pareja que inspiró la novela juvenil *Una casa de secretos* de Paula Bombara (2012). Y para que no acumulen polvo, las tres Marías de la colección —hay dos nuevas en proceso— pasan la mayor parte del tiempo bajo una funda de plástico transparente con cierre. Así sus objetos tampoco se rompen ni se pierden porque, aunque todo allí puede removerse —la comida de las mesas, las sábanas de las camas, los libros de la bibliotecas—, los cambios de decoración son esporádicos. El próximo será en Navidad. Durante esos días, las casitas ventilan sus colores y texturas, y Ángela, como ella dice, juega. "Esto se saca, tiene broches, tiene las enaguas. A veces le pongo otro", muestra el vestido de una muñeca del tamaño de sus palmas, que compró y fabricó por partes: la cabeza y los brazos son de Rei-

“

Durante un viaje a Charleston, Carolina del Norte, comencé mi colección de miniaturas. Compré todo lo que mi dinero pudo comprar”.

Elisa Samoilovich

na Mab, y el cuerpo y la ropa los cosieron las cuñadas. Claudio, por realismo, preferiría que no haya personajes, pero es improbable. "Ahí estamos nosotros", señala ella el porche.

A simple vista, este reino de suntuosidad y pulcritud sólo exhibe su fachada. El modelo americano de casitas de muñecas es de tres caras cerradas por una abierta, como un biombo a medio desplegar. La actividad en una dollhouse como la Tennyson ocurre en la parte de atrás. El modelo europeo es más teatral: las

“

Hay una habitación que es como de mis cuñadas. Parte de esto también es inventado, porque no tenemos hijos y yo hice un cuarto de chicos”.

Angela Tognetti

casas tienen una puerta donde están recreadas las aberturas del modelo, y al abrirse descubre los ambientes, como si fueran cajones. Los ingleses también las llaman cabinets, "vitriñas", y los alemanes, "casas miniatura". En su origen, el siglo XVII, lejos estaban de cumplir una función lúdica. Según los historiadores, principalmente en Alemania, Holanda e Inglaterra, las madres las usaban para enseñarles a sus hijas a manejar una casa de verdad. En el XVIII, las familias nobles tomaron la costumbre de

hacerse construir una réplica de su propia casa. La miniatura servía de ostentación ante las visitas, y dirían los psicoanalistas, eran un modo de tener a la vista los propios dominios. Con la Revolución Industrial se incrementó la producción y la casita de muñecas se transformó en un juguete, todavía de lujo, que además adquiría el valor de una herencia entrañable. Recién después de la Segunda Guerra, los americanos iniciaron el proceso de masificación.

Las otras dos casitas de Ángela y Claudio son modelo europeo. Técnicamente, la primera de la fila es anterior a la Tennyson, pero armaría, al ritmo de los fascículos de una revista española, llevó un año y medio. A esta casa, Claudio, que dedicó su vida laboral a la construcción de cartelería, le hizo el agregado de un sótano, y allí Ángela, una exitosa pediatra jubilada, ubicó dos talleres: uno de costura en honor a las cuñadas y uno de cerámica (a escala humana, suele modelar piezas grandes). Sobre la mesa de ese taller hay una casita de muñecas en proceso: la de al lado, la del medio de la hilera, que fue diseñada y levantada de cero por Claudio y estuvo en exposición en la Feria del Libro de 2012. Tiene pisos parquet de lonterra, las madres las usaban para enseñarles a sus hijas a manejar una casa de verdad. En el XVIII, las familias nobles tomaron la costumbre de

DE COLECCIONISTAS, CURIOSOS Y FANS

Lo bueno viene con techo chico

"Les enseñé a mis hijos a tocar con los ojos", dice Susan Dossetter, una coleccionista americana que acaba de pagar treinta mil dólares por una dollhouse inglesa amueblada de mediados de siglo XVIII. En términos de inversión, el especialista en muñecas y osos de peluche Daniel Agnew aconseja buscar casas con sus muebles, alfombras y empapelados originales, aunque es cada vez más difícil dar con reliquias así.

Si bien en los últimos años se ha comenzado a replicar el estilo retro, la línea del hobby sigue siendo la época victoriana, por su

estilo sobrecargado que vuelve la decoración más entretenida. "Algunos se hacen hasta las cortinas y otros sólo decoran. Hay gente que se ha armado un jardín entero con macetas nuestras, o que le ponen licor a la licorera con una jeringa. Vienen chicos que hacen stop motion, una clienta compra todos los años algo distinto para la torta de cumpleaños de la mamá. Conozco a alguien que colecciona sólo juegos de té y otro sólo sillas. El cliente más común no existe. En general es toda gente divertida e interesante", dice Elisa de Reina Mab.

dollhouse puede asegurarse como una casa de verdad. Los muebles son comprados, salvo los estantes y las bibliotecas, que son más simples y los puede hacer Claudio.

Detrás de una puerta con llave, una mujer trabaja con anteojos en un escritorio del tamaño de un pupitre. El local Reina Mab —el hada de los sueños que describe Mercutio en *Romeo y Julieta*— se instaló en esta galería de Belgrano a fines de 1998. Elisa Samoilovich, de 65 años, colecciona objetos pequeños desde niña: es una fascinación que retiene de la casa de los abuelos, que tenían su porcelana francesa de decoración. Antes de convertirse en vendedora y artesana, trabajó como arquitecta y escenógrafa. Arrancó su colección de miniaturas propiamente dichas a mediados de los '80, durante un viaje a Charleston, Carolina del Norte. "Compré todo lo que mi dinero pudo comprar", recuer-

da. En ese momento no tenía casa y ubicó los muebles en una vitrina, como se ven ahora los del local que comparte con Ricardo, su esposo.

Reina Mab se dio a conocer por una publicidad en aquella revista española, que la propia editorial ofreció. Por camadas —los remanentes se iban trasladando por países— llegaron clientes de Chile, Perú y México. Días atrás, una alemana compró muebles que Elisa y Ricardo no llevan a las ferias internacionales por saturación del mercado (suelen tener alrededor de 200 puestos). Empezaron a construir sus propios objetos después de la devaluación; hoy tienen dos piezas en museos (una réplica de la filmadora Bell & Howell de Chaplin y un reloj de arena) y fabrican su propia casita Tennyson, bautizada Lucy, en honor a su hija. Dibujan los planos usando la escala estándar del hobby uno en doce —el tamaño de Gulliver en relación a los liliputienses—, y en todos los casos se trata de usar los mismo materiales que el original. El último proyecto —así lo llama ella— es una casita del tiempo apenas más grande que una moneda, con el mismo mecanismo de la original: el hombrécito sale cuando llueve, la mujercita cuando hay buen clima, y tiene un Bambi adelante al que se le notan los bigotes. Muestra su cajón de herramientas y el pincel que usó. "No es ninguna cosa gloriosa", dice. ■